

La inspiración

Isaak. E. Babel



Tenia ganas de dormir y me sentía irritado. Entonces vino Mishka a leerme su novela.

-Cierra la puerta -dijo extrayendo del bolsillo una botella de vino-. Hoy es mi noche. He terminado la novela. Creo que es algo que vale la pena. Bebamos, amigo.

El rostro de Mishka estaba pálido y sudoroso.

-Son imbéciles quienes aseguran que no hay felicidad en este mundo -aseguró-. La felicidad es la inspiración. Ayer estuve escribiendo toda la noche y no advertí la llegada del alba. Luego paseé por la ciudad. A primeras horas de la mañana, la ciudad es admirable: rocío, silencio y poquisimas personas. Todo es transparente, y el día va avanzando, azul-frío, fantasmagórico y tierno. Bebamos, amigo. Lo presiento sin lugar a dudas, esta novela representará un cambio decisivo en mi vida.

Mishka se sirvió vino y bebió. Sus dedos le temblaban. Tenía una mano sorprendentemente hermosa: fina, blanca, lisa, con dedos de afinados extremos.

-Hay que colocar esta novela, ¿comprendes? -prosiguió-. En todas partes la aceptarán. Hoy día se publican porquerías. Lo importante es una recomendación. Me la han prometido. Sujotín lo hará todo...

-Mishka -dijo yo-, deberías repasar tu novela, está sin corrección alguna...

-Tonterías, luego.... En casa, ¿sabes?, se ríen. Ríen bien qui ríen el dernier.¹ Yo me callo. Dentro de un año lo veremos. Vendrán a buscarme...

La botella tocaba a su fin.

-Deja de beber, Mishka...

-Hay que despabilarse -respondió-. La noche pasada, sin ir más lejos, fumé cuarenta cigarrillos...

Sacó un cuaderno. Era grueso, muy grueso. Pensé si no sería mejor pedirle que me lo dejara. Sin embargo, al mirar su pálida frente, sobre la que se hinchaba una vena, y al contemplar su torcida corbatita, que se meneaba lastimosamente, dije:

-Bien, "León Nikoláievich",² cuando escribas tu autobiografía no te olvides de mí...

Mishka sonrió.

-Canalla -dijo-, en nada valoras mi amistad.

Me senté cómodamente. Mishka se inclinó sobre el cuaderno. La oscuridad y el silencio reinaban en la habitación.

-En esta novela -dijo-, he querido ofrecer una obra nueva envuelta en una bruma de ensueño, ternura, penumbra y alusiones.... Me resulta odiosa, muy odiosa, la grosería de nuestra vida...

-Basta de prólogo -repuse-, lee...

Empezó. Yo escuchaba atentamente, lo que no era fácil. La novela era estúpida y aburrida. Un oficinista se enamoraba de una bailarina y rondaba su casa. Ella partía de viaje. El oficinista se sentía herido porque su sueño de amor había sido burlado.

Pronto dejé de escuchar. Las palabras de aquella novela, eran pesadas, viejas, lisas como palos desbastados. Nada se veía allí, ni qué hombre era el oficinista ni cómo era ella.

Miré a Mishka. Sus ojos ardían. Sus dedos estrujaban el cigarrillo apagado. Su rostro, obtuso y estrecho, penosamente tallado por un indeseable artista; su amarillenta nariz, gruesa y prominente; sus abultados labios, de color rosa pálido, todo relucía, y poco a poco, con una fuerza que se imponía ineludiblemente, se llenaba de un éxtasis creador, gozoso y seguro de si mismo.

Estuvo leyendo un rato pesadamente largo. Al terminar se guardó torpemente el cuaderno y me miró...

-Verás, Mishka -dije lentamente-, verás, hay que pensar sobre eso... Tu idea es original, hay ternura en ella... Pero, verás, la elaboración... Hay que pulirlo, comprendes...

-He madurado esta obra tres años -respondió Mishka-. Naturalmente, hay asperezas en ella, pero ¿y lo principal?

Comprendía algo. Le temblaba el labio. Se encorvó y estuvo un rato terriblemente largo para encender el cigarrillo.

-Mishka -le dije entonces-, has escrito una obra maravillosa. Todavía te falta técnica, pero caviendra. El diablo me lleve, ¡cuántas cosas te caben en la cabeza!

Mishka se volvió para mirarme, y sus ojos eran como los de un niño: afectuosos, resplandecientes, felices.

-Vámonos a la calle -dijo-, salgamos, me ahogo...

Las calles estaban oscuras y silenciosas.

Mishka me oprimía fuertemente el brazo y decía:

-Lo presiento sin lugar a dudas: tengo talento. Mi padre quiere que me busque un empleo. Yo no digo nada. Este otoño, a Petrogrado. Sujotín lo arreglará todo.

Guardó silencio, encendió un cigarrillo con la colilla del anterior y empezó a hablar más bajo:

-A veces noto una inspiración que me hace daño.

Entonces sé que hago como es debido lo que estoy haciendo. Duermo mal, siempre con pesadillas y tristeza. Necesito estar tres horas acostado para dormirme. Por las mañanas me duele la cabeza, me siento atontado, horrible. Sólo puedo escribir de noche, cuando hay soledad, cuando hay silencio, cuando mi alma arde. Dostoievski siempre escribía de noche y se bebía todo un samovar en ese tiempo. Yo tengo los cigarrillos... El humo permanece junto al techo...

Llegamos a la casa de Mishka. Un farol le iluminó la cara. Un rostro fogoso, flaco, amarillo, feliz.

-Todavía daremos guerra, ¡qué diablos! -dijo oprimiéndome fuertemente la mano-. En Petrogrado todos se abren camino.

-De todas formas, Mishka -dije-, es preciso trabajar...

-¡Amigo Sashka -respondió sonriendo ampliamente, con aire protector- Soy listo, sé lo que sé, no pases cuidado, no me dormiré sobre los laureles.

Ven mañana. Volveremos a echarle una ojeada.

-De acuerdo -asenti-, vendré.

Nos separamos. Me fui a casa. Me sentía muy triste.

1. Quien ríe el último, ríe mejor.

2. Alusión a León Nikoláievich Tolstói. (Nota del traductor).

Isaak E. Babel, Narrador ruso nacido en Odessa en 1894, ejecutado en 1941. El cuento pertenece a su libro de cuentos "Siete relatos".